

## ANTONIO RESTREPO ARANGO -TOÑO- EN RECUERDO DE UNA AMISTAD

DOI: 10.24142/unaula.n45a1

ÁLVARO TIRADO MEJIA\*

\* Historiador colombiano. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Doctor en historia de la Universidad de París. Fue Decano de la Universidad Nacional de Colombia y Autónoma Latinoamericana UNAULA

A Antonio Restrepo (1938-2002) -Toño para amigos y allegados- me unió una amistad entrañable desde la juventud, circunstancia que me habilita para hacer su perfil intelectual, tal como me lo solicita el profesor Armando Estrada, para esta entrega de la Revista de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Dejaré de lado el análisis de su obra pues esa labor se la ha encomendado a otros autores, pero no puedo dejar de consignar que Toño fue un buen amigo, un ser solidario y desprendido, un hombre culto, erudito, un maestro y un humanista. Compartió sus conocimientos sin egoísmo. A través de la docencia, que ejerció fundamentalmente en la Universidad Autónoma Latinoame-

ricana y en la Universidad Nacional -sede de Medellín- y con su obra escrita consignada en múltiples artículos y libros, dejó una huella profunda en la cultura nacional y especialmente la de Medellín.

Eran los años cincuenta del siglo pasado, una época turbia y violenta de la historia de Colombia. Estudiábamos en el Colegio de San José, una institución privada regentada por los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Antonio iba dos cursos adelante que el mío y recuerdo que su figura y actitud no pasaban desapercibida al conjunto de estudiantes. Por lo general no socializaba con los compañeros en los recreos. Era, era algo huraño sin ser hostil, pésimo para la gimnasia, pulcramente vestido, pero despreocupado en el atuendo. Por lo regular, se la pasaba leyendo o con un libro debajo del brazo. Genio y figura hasta la sepultura. No lo recuerdo con precisión, pero posiblemente fue a mediados del bachillerato cuando por nuestras comunes inclinaciones culturales establecimos un diálogo que se prolongó por décadas. Los años cincuenta del siglo XX fueron un período de especial desajuste institucional. Tras el 9 de abril de 1948, se cerró el Congreso, vinieron la censura de la prensa, el estado de sitio, las dictaduras civiles de Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez y la Violencia. El 13 de junio de 1953 se produjo un golpe de Estado, se inició la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla, seguida del gobierno de una Junta Militar en 1957. Estas circunstancias proyectaron sus efectos nocivos sobre el conjunto de la sociedad y en el campo cultural se manifestaron con retroceso y estancamiento. Era la época de la guerra fría, del macartismo, y los gobernantes colombianos optaron por un modelo de gobierno autoritario de inspiración franquista. Consideraban que el período anterior, el de la República Liberal (1930-1946), representaba el caos, el bolchevismo y por la fuerza había que regenerar el país. Como lo anunciaba la carátula de un libro escrito por el ministro Rafael Azula Barrera, había que pasar “*De la Revolución al orden nue-*

vo”. Laureano Gómez y sus seguidores propusieron una nueva Constitución, de contenido falangista, la cual, afortunadamente no entró en vigor debido al golpe de 1953. Se marchitaron centros educativos como la Escuela Normal Superior, que había acogido intelectuales y profesores europeos de primer orden, se estableció la represión en las universidades públicas que acogían el 70% de los estudiantes universitarios del país, hasta el punto de que se nombró a un coronel del ejército como rector de la Universidad Nacional. Se estableció la censura para la circulación de publicaciones de libros y revistas de Ciencias Sociales y literatura. Se estableció el monopolio del tomismo en filosofía, se impuso el nacionalismo español y se bailó el pasodoble. De acuerdo con la Constitución de 1886 y con el Concordato, se otorgó el monopolio y la orientación de la educación a la Iglesia Católica, y el clero, de tendencia falangista, participó activa y manifiestamente en política. En ese agobiante marco cultural, en el bachillerato, se formó nuestra generación.

El colegio de San José priorizaba la enseñanza de las matemáticas. Las humanidades, aunque no se ignoraban, se ofrecían con una visión totalmente tradicional. Para quienes nos interesábamos en ellas, había un complemento extracurricular de participación voluntaria, los llamados Centros Culturales, que promovían el interés y la discusión en un marco reaccionario como lo delata el nombre de uno de ellos, *Centro Literario Julio Arboleda*, en honor del célebre caudillo conservador conocido por sus actividades esclavistas. Que recuerde, Toño no participaba en ellos, por una actitud de ‘lobo estepario’ que lo marcaba y por su afición prioritaria por las lecturas filosóficas. Desde ese entonces comenzaba a interesarse por Nietzsche, uno de sus autores preferidos. Toño fue expulsado del colegio y pasó a terminar el bachillerato en la Universidad de Medellín. Yo también lo fui dos años después y terminé la secundaria en el Liceo de La Universidad de Antioquia.

## Se amplía el panorama

Con el Frente Nacional, se fue dando una apertura cultural, a pesar de las limitaciones para la representación de las fuerzas políticas. Terminaron la censura de prensa, las cortapisas oficiales impuestas para la presentación de obras de teatro y de cine, se permitió la libre circulación de ideas, libros y revistas y fue surgiendo la libertad de cátedra. Por lo demás, en el ámbito internacional los años sesenta del siglo XX fueron escenario de profundos cambios, especialmente en el ámbito de la cultura, tal como lo expongo *in extenso*, en mi libro *Los años sesenta, una revolución en la cultura*<sup>1</sup>. Las universidades norteamericanas, a las que pronto se unieron las de Occidente, se sacudieron con el movimiento de protesta estudiantil contra la guerra de Vietnam, a favor del movimiento de los derechos civiles y contra la discriminación de los negros. Como una nueva forma de protesta contra la sociedad, en California surgió el movimiento hippie que se extendió por Europa y América Latina. Con los Beatles y otras bandas melódicas apareció una nueva forma musical que se impuso. Las drogas, y en especial la marihuana, “salieron del closet”. Se manifestaron con fuerza el movimiento ecológico, la liberación femenina, los derechos de los gays. La revuelta del Mayo Francés, en 1968, fue un faro crítico que irradió la juventud de aquellos días. En lo político, tomo fuerza el movimiento de descolonización, Estados Unidos se hundió en Vietnam, el sistema soviético inició su desintegración con el atropello al invadir Checoslovaquia. Y en América, se produjo la Revolución Cubana, que suscitó admiradores y seguidores en todo el mundo y dio lugar a la respuesta del gobierno de Kennedy a través de la Alianza para el Progreso.

---

<sup>1</sup> Álvaro Tirado Mejía. *Los años sesenta, una revolución en la cultura*. Bogotá, Penguin Random House, 2014

Todos esos cambios, en lo interno y en lo externo, marcaron nuestra generación. Para finales de los años cincuenta, en el mismo sitio, pasamos de un país a otro, al mismo tiempo que terminábamos el bachillerato e iniciábamos los estudios universitarios. No por azar optamos por la carrera de Derecho, pues, para la época, a quienes nos interesábamos por las Ciencias Sociales, no se nos ofrecía algo más afín. No existían, o apenas se estaban iniciando, los programas de sociología, psicología, politología, antropología, etnología, y periodismo, o de filosofía que, hasta el momento, estaba confinada en Medellín, en los seminarios y se confundía con la teología.

El ingreso a la vida universitaria nos abrió un mundo. Toño y otros amigos ingresaron a la facultad de Derecho de la Universidad de Medellín, yo a la de la Universidad de Antioquia. Salíamos de una jaula intelectual, las perspectivas del conocimiento se abrían y ahora podíamos gozar del libre examen, cotejar e impugnar tesis y creencias y acudir en desorden a la fuente inagotable de los libros, sin cortapisa, sin censura. Como en el verso de Guillermo Valencia, queríamos “oírlo, verlo y adivinarlo todo”, y la tertulia se presentaba como el escenario más apropiado. Desde finales del bachillerato, en pequeño grupo nos reuníamos en el café Imperial, cercano a las instalaciones del periódico El Colombiano, frecuentado por periodistas y escritores en cuyo traganíquel podíamos escuchar música clásica. En los cafés, con excepción de las meseras, sólo había hombres. Eran los sitios preferidos o quizá los únicos para tertuliar.

Nuestras lecturas y discusiones giraban en gran parte sobre autores colombianos, con especial atención a sus poetas. Pero poco a poco, en la medida en que la situación política se abrió y que nos íbamos alejando de los dogmas inculcados por el medio y el colegio, se fue abriendo el campo cultural y nos acercábamos a una visión más amplia nutrida por otras culturas, especialmente la francesa. Si bien estudiábamos con cuidado los

textos de derecho, nuestro interés estaba centrado en la literatura. Era la época en que se leía y discutía con avidez sobre el existencialismo y el marxismo, y autores como Sartre, Simone de Beauvoir y Albert Camus estaban en el centro. Leíamos novelas. Los clásicos -Balzac, Flaubert, Stendhal o Romain Rolland-, los contemporáneos como Malraux, el griego Nikos Kazantzakis, el italiano Alberto Moravia, los norteamericanos John Steinbeck, John Dos Passos, Faulkner, Sherwood Anderson, Hemingway, Henry Miller, o el teatro, cuya lectura era muy popular, a través de Arthur Miller, Tennessee Williams, Eugene O'Neill y Jean Cocteau. Apreciábamos especialmente las obras de Hermann Hesse y nos guiaba el epígrafe de su novela *Demian*, “El pájaro rompe el cascarón”, porque nos incitaba hacia la ruptura.

De repente apareció el Nadaísmo y la parroquia se conmocionó. Nuestra tertulia se había trasladado a los cafés Miami, situado en el Parque de Bolívar, y Metropól, epicentro del recién creado grupo Nadaísta. Del núcleo de la tertulia formábamos parte Ricardo Echavarría, Antonio Restrepo -Toño-, Joffre Peláez, Jorge Orlando Melo, Ramón Illán Bacca, un samario que estudiaba en la Universidad Bolivariana y que luego se convirtió en novelista y cronista de la sociedad barranquillera. Con los Nadaístas tuvimos un intercambio cultural y encuentros en la vida bohemia, además de una relación de simpatía, pero, al mismo tiempo, cierta distancia, pues nuestra visión del mundo y sus gestos desafiantes frente a la sociedad eran diferentes a los nuestros. Con la mayoría de su núcleo de fundadores anudamos buenas relaciones que perduraron en el tiempo y quedaron consignadas en algunas de sus textos y novelas. Quizás, el que tuvo más convivencia con los Nadaístas fue Toño, quien iniciaba un período de vida bohemia que lo condujo a abandonar sus estudios de derecho en Medellín y a trasladarse por un tiempo a Bogotá.

## El descontento universitario

Por disposición del Plebiscito, aprobado en 1957 como base del Frente Nacional, se establecía que, en el Congreso, en las Asambleas departamentales y en los Concejos municipales, solo podrían tener representación, en forma igualitaria, el Partido Liberal y el Conservador. Esto implicó que al momento las diferencias políticas se manifestaran entre las fracciones del mismo partido, más que en la confrontación bipartidista. Desde el comienzo, esto ocurrió en el Partido Liberal, entre los llamados oficialistas y el MRL (Movimiento Revolucionario Liberal). Además, al impedirse la representación a grupos distintos al liberal y al conservador, algunos sectores de izquierda, entre ellos el Partido Comunista que había sido legalizado, se presentaron bajo la cubierta del MRL que vino a ser el paraguas bajo el cual se cubría la izquierda. Por lo demás, y como ya se ha anotado, la Revolución Cubana tuvo un inmenso impacto y los años sesenta fueron un período de cambios ideológicos. Poco a poco el peso de nuestras preferencias culturales se fue modificando y, sin abandonar la literatura, nuestro interés se situó en el campo de las Ciencias Sociales, las ideas y los sistemas políticos, el socialismo, la historia, social, económica y política, en especial en la Escuela de los Annales, y la sociología, que en ese período se puso de moda. Para ello, nos fue fundamental la rica producción editorial de El Fondo de Cultura Económica y más adelante la de la Editorial Siglo XXI.

Como se ha anotado, los años sesenta fueron especialmente turbulentos en las universidades de Occidente, situación que no fue ajena a la colombiana. Paradójicamente, si se compara con lo sucedido posteriormente, los movimientos huelguísticos comenzaron a manifestarse en dos universidades privadas: la Libre, en Bogotá, y la Universidad de Medellín, ambas de filiación y orientación liberal.

En la Universidad de Medellín la confrontación tenía su base ideológica entre las dos vertientes del Partido Liberal, oficialistas y MRL. El rector de la Universidad, Eduardo Fernández Botero, y otros importantes profesores pertenecían al sector oficialista, al mismo tiempo que un destacado grupo de profesores de izquierda formaban parte de la militancia y dirigencia del MRL, como era el caso de Jaime Isaza Cadavid, decano de Derecho, y de Jaime Sierra, Elí Mejía Gómez, Federico y Absalón Estrada Vélez, Fabio Naranjo Ochoa, Carlos Restrepo y otros más, que luego fueron fundadores de la Universidad Autónoma Latinoamericana.

La Universidad de Medellín, que hasta ese momento funcionaba en unas casas en el centro de la ciudad, festejaba en 1962, la inauguración de sus nuevas instalaciones en la ciudad universitaria, en la fracción de Belén. En plena fiesta se suscitó un altercado entre el rector de la Universidad y el estudiante de derecho, Guillermo Gallego. Se agitaron los ánimos, la discrepancia se agravó y terminó en trifulca. Vino la huelga estudiantil y fue expulsada una veintena de estudiantes que fueron recibidos en Bogotá en la Universidad Libre y especialmente en la Universidad Externado de Colombia, cuyo rector el “Maestro” Ricardo Hines-troza Daza, era un viejo radical que había participado en la guerra de los Mil Días. Entre los expulsados que se fueron para Bogotá estaban Luis Vicente Vallejo Duque y Tarcisio Roldán que, a su regreso a Medellín, participaron en la fundación de la Universidad Autónoma latinoamericana. Toño no fue expulsado, pero aprovechó la situación para marcharse rumbo a Bogotá. A decir verdad, el estudio del derecho no estaba en el centro de sus prioridades y si persistió en continuarlo, en el Externado, donde lo terminó, pero no se graduó, era para complacer a su madre, Marta Arango, una mujer, inteligente y comprensiva. Toño, nacido en 1938, había quedado huérfano a los 13 años, a la muerte temprana de su padre, Antonio Restrepo Uribe.

## El interregno bogotano

En Bogotá, Toño encontró un ambiente más abierto. Se relacionó con los sectores de vanguardia, con artistas, grupos de teatro, con los círculos cercanos a revistas como *Mito* y, sin participar activamente, mantuvo contacto con los sectores universitarios de izquierda y del MRL. Durante su estadía en la capital, vivió una experiencia que lo marcó profundamente en el ámbito intelectual y político. Por razones de búsqueda de trabajo y de estudio, en esa ciudad se había afincado un grupo de antioqueños interesados en la cultura con una visión política progresista: Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Jorge Orlando Melo, Javier Vélez; a éstos se sumaron Margarita González, Jorge Villegas, Germán Colmenares, Bernardo Correa, Jaime Mejía Duque, Hernando Llanos y otros más. El grupo se reunía en la librería La Tertulia de la calle 19 con carrera 6ª. Allí surgió la idea, que se concretó, de formar una agrupación política con el nombre de Partido de la Revolución Socialista y de divulgar su pensamiento por medio de la revista *Estrategia*, que, circuló profusamente y alcanzó tres números. Desde Medellín yo fungía como miembro, con otras personas. Se trataba de intelectuales de clase media y su efecto político no traspasó los sectores universitarios. Sin embargo, en el campo intelectual tuvo una gran influencia. Proponía una nueva forma de mirar y analizar nuestra sociedad. El grupo estaba muy influenciado por el debate de ideas que se agitaba en Francia, por las obras de Sartre y sus debates con Camus. Por las obras de Michel Foucault, Jacques Lacan, Althusser y las nuevas visiones del Marxismo que cuestionaban la interpretación estalinista y los manuales soviéticos. Proponía una nueva lectura del Marxismo enriquecido con la ayuda de la antropología, la sociología, la lingüística, y el psicoanálisis.

## El grupo de Donald y la Universidad Autónoma Latinoamericana

En el entretanto, concluí mis estudios de derecho en 1964 y abrí la oficina, *Abogados Asociados*, en compañía de mis buenos amigos Ricardo Echavarría, mi condiscípulo, que murió un poco después, Gabriel Jaime Arango, y Joffre Peláez, quienes pronto se dedicaron a otras actividades. Posteriormente se incorporó Alvaro Londoño Restrepo. Por mi parte, ejercí activamente la profesión, especialmente en el campo laboral, lo que me dejó una rica experiencia y muchos contactos con el sector sindical. A su regreso a Medellín, Toño adoptó la oficina como centro de actividad, la cual consistía en leer desafortadamente durante todo el día. Toño tenía que presentar sus exámenes preparatorios para obtener el grado en derecho, pero la realidad era que esa temática no le atraía. Entonces, todos los días salía de su casa en la mañana, supuestamente a preparar los exámenes, pero en realidad se dirigía a la oficina y lo que hacía era devorar libros en todos los campos, especialmente en filosofía, literatura y sociología. El resultado fue que la oficina, además de centro laboral, se volvió un lugar de tertulia para socios y amigos. Al medio día acostumbábamos trasladarnos a la heladería *Donlad*, situada en la calle Junín. Allí acudíamos habitualmente los nombrados, más el arquitecto Jorge Velásquez, el ingeniero Iván Villegas, el abogado Guillermo Gallego, la economista Beatriz Abad y la filósofa Clarita Gómez. Mientras vivieron en Medellín, fueron asiduos contertulios Mario Arrubla y el escritor Oscar Collazos. Y cuando de paso visitaban la ciudad, recuerdo a Estanislao Zuleta y al gran hombre de teatro Santiago García. Cuando, en 1966, se fundó la Universidad Autónoma Latinoamericana, la mayoría de los miembros de este núcleo de contertulios residentes en Medellín nos vinculamos muy estrecha y activamente como fundadores y profesores.

La Universidad Autónoma Latinoamericana surgió como producto de un conflicto. Se trataba de un experimento novedoso y avanzado

que confrontaba los caducos y rígidos patrones de pensamiento que dominaban en la sociedad antioqueña. Acudir al cogobierno para dirigir un centro educativo universitario parecía una utopía en una sociedad que se regía por el llamado principio de autoridad que nunca se definió. Crear un Liceo mixto en el que compartieran jóvenes de ambos sexos, se catalogaba como una afrenta a las buenas costumbres y mereció el repudio del señor arzobispo de la ciudad. Sin embargo, la institución se mantuvo, creció, y sesenta años después es una gran universidad.

Con el impulso del gobernador del Departamento, Octavio Arismendi Posada, la Asamblea Departamental dictó una ordenanza por la cual los estudiantes de la Universidad de Antioquia, al terminar sus estudios, debían pagar una suma equivalente al monto de sus matrículas a la institución. En un ambiente que ya estaba caldeado y cuando en el país se estaba incubando el movimiento de protesta universitaria, se presentó de nuevo un problema en la Universidad de Medellín, que motivó el retiro de un grupo de profesores y estudiantes. Surgió entonces la idea de crear una nueva universidad regida por criterios liberales como la libertad de pensamiento, de investigación, de cátedra libre y de gestión democrática de la institución y de allí el cogobierno. El grupo de profesores disidentes que se retiró de la Universidad de Medellín, estaba compuesto, entre otros, por Bernardo Trujillo Calle, Gustavo Mejía Ramírez y Gilberto Martínez Rave, además de los dirigentes del MRL, a los cuales se ha hecho alusión. A ese grupo de profesores nos unimos otros miembros de la sociedad, compuesto por profesionales que compartíamos esas ideas, como los médicos Héctor Abad Gómez y Justiniano Turizo, el senador Juan Antonio Murillo, o el abogado Jaime Gil Sánchez, uno de los fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana. Así mismo, el llamado *Grupo de Donald* constituyó un importante elemento fundacional de la Universidad.

En mi caso, participé en los comités previos a la fundación, en ella, y como primer secretario ejecutivo, primer Decano de Sociología y profesor. En adelante mantuve una relación afectiva pero mi participación directa cesó al vincularme a la Universidad Nacional y luego, al radicarme en Bogotá. Por su parte, Toño estuvo fuertemente vinculado desde la fundación hasta el fin de su vida. Formó parte constitutiva de la Universidad, me sucedió como Decano de Sociología. Fue el primer profesor de tiempo completo de la Universidad, participó como maestro orientador, profesor, autor de libros y ensayos, como director de la *Revista de Sociología*, y de *UNAULA*, la revista general de la Institución. La Universidad lo distinguió con el título de Doctor honoris causa.

### **Los grupos de estudio**

El final de los años sesenta y el inicio de los setenta fueron especialmente turbulentos en el sector universitario. Como ya se ha anotado, vino la rebelión universitaria en los Estados Unidos en apoyo del movimiento de los derechos civiles y en protesta contra el colonialismo y la guerra de Vietnam. La protesta se extendió a las universidades europeas y del mundo, siendo la del Mayo francés de 1968 la más conocida. Como era ineludible, el descontento se manifestó en Colombia y a los motivos mencionados se unieron otros propios de nuestra sociedad, como lo arcaico y desueto del sistema de enseñanza, el autoritarismo en el manejo de la educación y la camisa de fuerza que implicaban las instituciones del Frente Nacional que establecían el monopolio del bipartidismo para la enseñanza pública. La rebelión universitaria fue creciendo en la medida en que se presentaban incidentes que la motivaban. Durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), se presentaron hechos graves en la Universidad Nacional en Bogotá cuando el presidente fue retenido y agredido verbalmente por un grupo de estudiantes, lo que motivó que

éste ordenara la entrada de la fuerza pública a la ciudad universitaria. Al mismo tiempo, en varias ciudades del país, Bogotá, Bucaramanga, Medellín, Cali y otras, por diferentes motivos se presentaron conflictos que motivaron una respuesta represiva al movimiento universitario durante el gobierno de Misael Pastrana Borrero, (1970-1974).

En Medellín, el centro del conflicto se presentó especialmente en la Universidad de Antioquia en la que se dieron verdaderas batallas campales entre los estudiantes y la fuerza pública, con sucesos tan reprobables como el incendio de parte del archivo. Las universidades públicas de las principales ciudades estaban regidas por directivos represores a los cuales las estudiantes llamaban los rectores policías, que recurrían a la expulsión de profesores y estudiantes por el hecho de disentir. Tal fue el caso de los profesores de la Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia que fueron expulsados en bloque, durante la rectoría de Luis Fernando Duque, quien poco tiempo después y ante lo absurdo de la medida, tuvo que dar marcha atrás. Toño, con Jorge Villegas, adelantó en la Facultad de Economía, una investigación que fue publicada en mimeógrafo. En ella, se estudia la colonización antioqueña y se derrumban muchos mitos idealizantes sobre el tema. Posteriormente se vinculó a Sociología, pero en el ámbito represivo que caracterizaba la vida universitaria, le cancelaron la vinculación en compañía de Alfredo Molano y otros profesores. La investigación sobre la colonización antioqueña y la que posteriormente realizó sobre los Derechos Humanos en Colombia, son sus trabajos de fondo acerca de la sociedad colombiana.

También, en la Universidad Nacional, sede de Medellín, se presentaron paros estudiantiles, pero estos no alcanzaron la magnitud y pugnacidad que caracterizaron a los de la Universidad de Antioquia. Los paros se generalizaron y se prolongaron por meses y tuvieron diferentes manifestaciones que en algunos casos incluyeron la violencia.

Los que se realizaban en la Nacional de Medellín, en un comienzo convocaron a gran número de estudiantes y de profesores, y se centraban en conferencias sobre los problemas nacionales e internacionales. Pero, al prolongarse y repetirse, fueron perdiendo audiencia y con el paso de los días cayeron en manos de grupúsculos que, por coacción, imponían un temario que viró hacia las querellas entre las líneas que seguían los grupúsculos que conformaban la izquierda universitaria. Al final, la consecuencia fue desastrosa y debilitó profundamente a las universidades públicas, entre otros efectos, por el masivo éxodo de estudiantes hacia las universidades privadas. Al mismo tiempo, un sector de profesores y estudiantes que veíamos la necesidad de cambios en la universidad, pero no compartíamos el método, los procedimientos y la prolongación de las asambleas, nos agrupamos alrededor de los llamados grupos de estudio. Las universidades estaban cerradas y dos o tres veces por semana nos reuníamos a leer y a analizar textos fundamentales de la filosofía, la economía, la literatura o el psicoanálisis, en la residencia de Estanislao Zuleta que por esa época estaba de profesor en la Facultad de Economía de la Universidad de Antioquia. Leímos sistemáticamente los Diálogos de Platón, El Capital de Marx, los cuentos de Poe y otras obras de literatura además de las obras de Freud<sup>2</sup>.

Se trataba de un pequeño grupo de profesores constituido por Estanislao Zuleta y Yolanda González, Juan Camilo Ochoa y Cecilia Garcés, Luis Antonio Restrepo (Toño) y Gloria Arango, Iván Villegas y Margarita Fonnegra, Juan Fernando Echavarría y Luz Eugenia Sanín, Hugo López y Oliva Sierra, Alvaro Tirado y Beatriz Abad, Santiago Peláez, Alfredo Molano y Marta Arenas, Klaus Meschkat, Fernando

---

<sup>2</sup> Para una información más amplia sobre estos temas véase: Alvaro Tirado Mejía. *El presente como Historia. Experiencias de un historiador colombiano*. Bogotá, Penguin Random House, 2021.

Zambrano, Joel Otero, Juan Fernando Pérez y Olga Beatriz Arango y Ramiro Ramírez.

Estanislao Zuleta era un brillante expositor, pero fueron pocos los textos que dejó escritos. Afortunadamente, gran parte de su obra, expuesta en conferencias, quedó grabada y, tras un trabajo benedictino ha sido transcrita y consignada en libros y ensayos. Debido al aprecio y admiración que Toño tenía por Zuleta, a su pasión por divulgar la cultura y a su espíritu solidario con sus amigos, dedicó muchas horas de trabajo a tan fructífera labor. A propósito de esas manifestaciones de solidaridad, tengo presente la dedicación y el interés que puso Toño para la reorganización de mi libro sobre los *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*, con miras a la segunda edición, emprendida por la Gobernación de Antioquía en la colección de Autores Antioqueños.

Universidad Nacional: Facultad de Ciencias Humanas y la carrera de Historia

En agosto de 1968 me vinculé a la Universidad Nacional donde realicé mi carrera académica como profesor, director de departamento, decano y vicerrector. Poco después, Toño se vinculó como profesor de cátedra, hasta llegar a ser profesor emérito. Fundó y dirigió la revista *Historia y Sociedad*, perteneció al consejo de redacción de la revista de la sede, y fue distinguido con la Orden Gerardo Molina. Fue éste un período de colegaje solidario en el que compartimos los vaivenes de la vida universitaria y me permitió confirmar sus capacidades intelectuales y su magnífica disposición de colaboración con amigos y colegas. Toño realizó su vida docente entre la Universidad Autónoma y la Universidad Nacional y en ambas instituciones se destacó como parte fundamental de sus programas académicos.

La sede de Medellín de la Universidad Nacional estaba constituida por tres facultades –Minas, Agronomía y Arquitectura– que funciona-

ban en forma autónoma y en sitios diferentes, con lejana dependencia de Bogotá. A finales de los años sesenta comenzó un proceso de unificación territorial en el espacio de Agronomía y, sobre todo, con el nombramiento de un Vicerrector y la constitución de un Consejo Regional de sede.

En la Facultad de Minas existía la tradición de complementar los estudios profesionales con cursos de humanidades y, al producirse la centralización, existía el Departamento de Humanidades, ubicado en Arquitectura, dirigido por Darío Ruíz y con profesores como Bernardo De Nalda y Manuel Mejía Vallejo. El nombramiento del primer Vicerrector coincidió con el recrudecimiento de la protesta universitaria que se extendió por el país y las directivas del momento optaron por el autoritarismo y la represión. Entre otros medios, por la cancelación de contratos a algunos docentes, entre ellos a Toño, que estaba vinculado como profesor de cátedra. Fue un período especialmente difícil para él, que había contraído matrimonio con su discípula y más adelante profesora Gloria Arango, su invaluable compañera y colaboradora, y contaban con un hijo, Tomás; luego nació María Luisa. Para sostener la familia, Toño tuvo que rebuscarse con un trabajo agotador como profesor por horas, en diferentes establecimientos educativos.

Afortunadamente, se dio un cambio de orientación universitaria durante el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978), en el que se fortaleció la universidad pública, se ampliaron los cupos de profesores y estudiantes y se abrió espacio para la libre investigación y docencia. Con el nombramiento como Vicerrector del profesor Darío Valencia, se restablecieron estos principios y se crearon dos nuevas facultades, Ciencias y Ciencias Humanas. Al amparo de la segunda nacieron las carreras de Historia y de Artes. Durante este período como director del Departamento de Humanidades y luego como primer decano de la Facultad, tuve la oportunidad de contribuir a su fortalecimiento y am-

pliación, vincular un amplio grupo de profesores e impulsar, con otros docentes, la creación y funcionamiento de la carrera de Historia. En todo ese proceso fue parte fundamental Toño, para cuya nueva vinculación, con el apoyo del Vicerrector, Darío Valencia y del profesor Silvio Mejía, director Académico, tuvimos que enfrentar la oposición de algunos fanáticos opuestos al cambio. A partir de allí, y hasta el fin de su vida, Toño se convirtió en eje central en la docencia de las humanidades en La Universidad Nacional y en la Universidad Autónoma, con la que compartía actividades docentes. Nuestro intercambio intelectual se acrecentó por esa época debido a que me había comprometido con la Editorial Planeta a dirigir y publicar una obra colectiva, con el nombre de *Historia Extensa de Colombia*, empeño que dio lugar a interminables diálogos sobre los temas que se iban a incorporar. Para ella, Toño escribió dos capítulos sobre *Literatura y Pensamiento (1946-1985)*.

En los años ochenta del siglo pasado, otra vez, el país padeció una época dolorosa y turbia de su historia por la acción combinada de narcotraficantes, terroristas, guerrillas y grupos paramilitares. La violencia se manifestó en las ciudades y en los campos. Medellín vivió el terrorismo y el asesinato de activistas por la defensa de los derechos humanos, líderes y militantes políticos, sindicalistas, profesores y estudiantes. Entre otros, fue asesinado el profesor Héctor Abad Gómez, fundador y primer presidente de la Universidad Autónoma Latinoamericana y del Comité Regional de Defensa de los Derechos Humanos. Fueron años difíciles que compartimos con Toño y el resto de los amigos. Yo me involucré activamente en el Comité Regional de Defensa de los Derechos Humanos y tras el asesinato de la mitad de los miembros activos me trasladé a Bogotá para dirigir la Consejería de Derechos Humanos que acababa de crear el presidente Virgilio Barco. Mi amistad y comunicación con Toño se mantuvo, pero bajo las condiciones diferentes que imponía la dis-

Álvaro Tirado Mejida

tancia. Toño continuó en Medellín en su fecunda carrera docente, profundizando cada vez más en los temas fundamentales que marcaron su estudio y su vida: el constante examen de la obra de Nietzsche, de Marx y de Thomas Mann, sin olvidar su interés por Grecia, la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración y, al final, sobre la Historia de la Ciencia. De ello dejó huella en sus clases y conferencias, en decenas de artículos y ensayos, y en tres libros publicados hasta el presente.